

Un sueño tropical: El mito de las islas hermanadas

Michelle Durán Ruiz

(University of North Carolina at Chapel Hill-Seville Program)

Resumen

Abstract

Palabras Clave: historia, Caribe, literatura, mito.

Key Words: history, Caribbean, literature, myth.

I. Acotación de un problema: primer encuentro con un mapa del Caribe hispánico

Sólo tras haber observado varias veces un mapa del Caribe, comienza uno a darse cuenta de la inmensidad y complejidad de su geografía. En una primera ojeada rápida, la amplitud territorial de las Antillas Mayores impone su presencia fronteriza entre el Océano Atlántico y el Mar Caribe. La familiaridad que permite un mismo lenguaje compartido, en este caso el español con todas sus ricas variantes, hace tentadora la idea de imaginar una unión política entre estas tres islas. En su libro *Los imaginarios sociales (Memorias y esperanzas colectivas)*, Baczko afirma que “los lugares comunes se imponen como si fueran evidencias”(13). El lazo lingüístico sería uno de estos "lugares comunes", haciendo posible que los habitantes de estas islas puedan compartir muchos otros aspectos culturales, producto de una misma lengua común, como por ejemplo, la música. El polirritmo de la salsa y el merengue impone un *remeneo* corporal tanto en los salones de baile en Río Piedras como en La Habana o en Santiago de Macorís. Por lo menos, así lo hemos querido imaginar a través de un siglo, a pesar de que la historia política de estas islas haya sido tan dispar.

Luego, cuando nuestro panorama visual trasciende más allá del espacio ocupado en el mapa por las tres grandes islas, el cuadro geográfico se complica. Las diminutas islas parecen perderse en la vastedad del mar (y sumado a esto va la lucha óptica contra la minúscula letra que muchos mapas comerciales utilizan para identificarlas), pero cuando se logra localizar la primera isla, las otras no se dejan ocultar. Es, entonces, cuando comienza metafóricamente el carnaval geográfico convirtiendo a Cuba, Puerto Rico y La Española en sólo una parte de ese todo, de ese gran espacio totalizador. Las diferentes lenguas y dialectos, la música y las diversas literaturas son sólo algunos de los ingredientes de esta gran sopa cultural que se va cocinando día a día en Martinica, Saint Kitts, o Barbados, por nombrar sólo algunas. Sin embargo, la sucesiva colonización inglesa, francesa, holandesa y norteamericana sobre estas tierras y la desigualdad económica de clases, como consecuencia de su estructura política y social, son realidades que afectan tanto a estas Antillas Menores y Mayores como a los puertorriqueños y dominicanos exiliados en la ciudad de Nueva York, o a los prisioneros haitianos en el Fuerte Allen; todas partes iguales de esta representación "caribeña". Estamos pues, ante un espacio geográfico, cultural, social, político y económico, marcado por la diferencia e impregnado de culturas varias.

II. El viaje como recurso para vertebrar la diversidad caribeña en la literatura

Pero, ¿cómo podemos definir, delimitar o caracterizar al Caribe? ¿Cómo podemos construir una representación del Caribe, si ni siquiera es posible delimitar con facilidad sus límites geográficos? Ante estas dos preguntas, la Introducción a *La isla que se repite* de Antonio Benítez Rojo ofrece una lectura fructífera y posmoderna. El escritor

cubano define al Caribe con una terminología flexible y plural que permite, a su vez, enlaces con otros discursos históricos, políticos o antropológicos. A través de su texto, las definiciones más repetidas son las siguientes:

[Sobre el Caribe]...dentro de su fluidez sociocultural, dentro de su turbulencia historiográfica y su ruido etnológico y lingüístico, dentro de su generalizada inestabilidad de vértigo y huracán, pueden percibirse los contornos de una isla que se repite a sí misma... (iv).

[Sobre el lenguaje]... el espectro de los códigos caribeños resulta de tal abigarramiento y densidad, que informa la región como una espesa sopa de signos, fuera del alcance de cualquier disciplina en particular y de cualquier investigador individual (ii-iii).

Con la ayuda de esta terminología, Benítez Rojo entreteteje su discurso teórico de algunos textos caribeños con la teoría de Caos.¹ En *La isla que se repite*, el autor señala que la necesidad de definir o explicar con precisión la diversidad "caótica" cultural del Caribe es un fenómeno de ahora:

Esta denominación ["caribeños" o "de la cuenca del Caribe"] obedece tanto a razones exógenas -digamos, el deseo de las grandes potencias de recodificar continuamente el mundo con objeto de conocerlo mejor, de territorializarlo mejor- como a razones locales, de índole autorreferencial, encaminadas a encuadrar en lo posible la furtiva imagen de su Ser colectivo. En todo caso, para uno u otro fin, la urgencia por intentar la sistematización de las dinámicas políticas, económicas, sociales y culturales de la región, es cosa muy reciente (i).

En relación con esta idea, Benítez Rojo propone la idea de emprender un "viaje" como un posible método de narrar historias caribeñas y de "sistematizar" esta zona tan irregular. Pero, ¿a qué lugar? Un viaje implica en la mayoría de los casos un desplazamiento de un lugar específico a otro igualmente concreto. Pero, también hay viajes que se emprenden sin saber los destinos ni las rutas a seguir. Estos son los "viajes" que le interesan a Benítez Rojo porque es, precisamente, en esa incertidumbre que genera lo desconocido donde podría surgir la posibilidad, paradójicamente, de encontrarse a uno mismo y de llegar a un Centro propio, que signifique mucho más que un lugar geográfico en concreto.

Los antillanos, por ejemplo, suelen deambular por todo el mundo en busca de los centros de su "caribeñidad", constituyendo uno de los flujos migratorios más notables de nuestro siglo. La insularidad de los antillanos no los impele al aislamiento, sino al contrario, al viaje, a la exploración, a la búsqueda de rutas fluviales y marítimas (xxxii).

La idea del "viaje" o de múltiples desplazamientos, aplicada al Caribe, se convierte para muchos escritoresⁱⁱ en una metáfora muy sugerente para construir diversas representaciones del Caribe. Chartier, por ejemplo, pensaría que este intento de darle cierta estructura al Caribe obedeciera más a una necesidad cultural, que a otra cosa, al "considerar que no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos [dan] sentido al mundo que les es propio" (4).

III. La confederación caribeña: un sueño con historia

En medio de un pronóstico de "nubosidad variable", "marea alta" y "vientos alisios", como acostumbraba a decir Ana Lydia Vega, nos adentramos en su *Encancaranublado y otros cuentos de naufragio* (1982) para cuestionar la idea de la confederación caribeña como representación del Caribe. La idea de la confederación caribeña funciona en esta obra no sólo como ruta para aproximarse al centro del Caribe, sino como alegoría de una sola nación caribeña. Esta soñada confederación caribeña parte de la unión federalista donde todos los países independientes o colonias conservan primero su identidad de país independiente y luego pasan a formar parte de una unión más global. Esta confederación caribeña alude a un sistema político que evocaría, por ejemplo, al de la Comunidad Europea e incluso al de los Estados Unidos de América.

La idea de la confederación caribeña surge a mediados del siglo diecinueve en Haití. En 1869, Ramón Emeterio Betances habló por primera vez sobre la idea de la confederación caribeña en un discurso pronunciado en este país. Para Betances era necesario incluir a Haití en esta confederación, a pesar de que no se hablara el español como lengua oficial. Tendremos ocasión más adelante -especialmente en el cuento "La alambrada"- de ver cómo esta idea vuelve a ser retomada por Vega cuando expone claramente su interés por el pueblo haitiano. Al ideal político de Betances, se suma el pensamiento de Eugenio María de Hostos. Estos dos politólogos y escritores puertorriqueños evocan la necesidad de unir a las Antillas Mayores en una confederación y por este medio crear una nacionalidad colectiva y un Estado políticamente poderoso. Recordemos en estas palabras de Hostos los primeros ecos de esta idea, pero sobre todo el sentimiento de grandeza que desprenden sus palabras:

Uno de esos aspectos nacía a la posibilidad de un cambio de política interior y colonial en España. Yo lo acogía de antemano con fervor y predicaba la fraternidad de América con España, **y hasta enunciaba la idea** de la federación con las Antillas. (Énfasis mío).

El otro aspecto nacía de las condiciones de la vida social en las Antillas. **Yo intentaba presentarla toda entera, con todas sus congojas, con todas sus angustias**, en una personificación palpable... (1: 80-81) (Énfasis de la autora.)

El texto de Hostos subraya la necesidad de "presentar" a las Antillas con todos sus males y situaciones reales. En este enunciado hostosiano, la utopía recae no en las "congojas" y "angustias" que intenta destacar, sino en el hecho político en sí. Esto se complica por la anexión que Hostos proclamaba necesaria entre las Antillas Mayores y España. Sin embargo, el verbo en pretérito imperfecto "yo intentaba presentarla" tiñe la idea con un tono melancólico y hasta antiutópico teniendo en cuenta el tono más bien apologético que predomina en el prólogo. Este tono se debe, en parte, al género literario en el que se expone la idea. Habría que tomar en consideración que estamos ante el prólogo de la segunda edición de su novela *La peregrinación de Bayoán* (1863), en un espacio que por tradición literaria ha servido como un lugar de reflexión del autor. Este espacio literario está separado físicamente de la novela, pero paradójicamente también forma parte del libro en sí. Sin embargo, este prólogo tampoco dista mucho de ser un ensayo filosófico sobre las limitaciones de la unidad antillana concebida por el autor; y más cuando Hostos

cierra su prólogo con esta enigmática frase: “Termina la historia, empieza el libro”(1: 95).

IV. La dedicatoria: primera representación caribeña del texto

El texto de Vega retoma la idea de la confederación antillana con un matiz diferente y tergiversado, comenzado por el cambio en palabras de “antillana” a “caribeña”. En un primer nivel de análisis, pareciera ser que *Encancaranublado* fuese una paráfrasis de la cita de Hostos: "Termina la historia, empieza el libro". Si volvemos a leer el enunciado de Hostos a la luz de los cuentos que aparecen en “Nubosidad Variable” es evidente que Vega cuestiona la situación social y política del Caribe. En efecto, presenta varias “congojas” y “angustias”. En la Dedicatoria, une su voz a la de Hostos y Betances al ofrecer su libro también “A la confederación caribeña del futuro para que llueva pronto y escampe.”(Énfasis de la autora.) Una diferencia entre ambas citas es que Hostos no parece diferenciar entre unidad y las “congojas” y “angustias” que pudieran fragmentar esa unidad antillana. Sin embargo, veremos más adelante cómo Vega alude al hecho de que primero tienen que solucionarse todos los problemas sociales y políticos que esboza, para luego empezar a hablar con propiedad sobre la confederación caribeña.

En *Encancaranublado*, la dedicatoria desenmascara, sin dejar rastro de duda, el planteamiento político del texto. La voz autoritaria de Vega en el epígrafe impone unas instrucciones de cómo leer las páginas a continuación. Antes de adentrarnos en el texto, la lectura principal que la escritora desea que hagamos de su texto queda clara. Es necesario que nosotros “los caribeños” superemos estos problemas (los que presentará en los cuentos) para que sea posible la confederación, siempre pensada desde un presente

para un futuro. En la dedicatoria, el uso del término “futuro” desplaza la idea de la confederación a un espacio no factible en el presente de la narración. Según Gianni Vattimo, el nuevo concepto de utopía, como género literario, reitera no sólo la imposibilidad del proyecto en el presente, sino la tendencia a desplazarlo hacia un futuro:

...the utopian imagination of recent years seems to go beyond the discovery of the counter-finality of reason and rediscover the possibility, albeit paradoxical, of a projection onto the ‘future’: a future *sui generis*...(88).

Al mover la idea a un futuro “estático”, se piensa el proyecto como utópico precisamente porque no desarrolla la idea de cómo se puede pensar en una confederación caribeña que incluya los problemas sociales que narra en sus cuentos. Ahora bien, si el texto de Vega se leyera sin la dedicatoria parecería ser que su argumento principal dista mucho de ser utópico y menos de referirse a un futuro distante. Todo lo contrario. La utopía de imaginar la confederación parecería imposible porque los problemas sociales y políticos esbozados en cada cuento enfatizan la antiutopía más que otra cosa. Subrayan la imposibilidad de los personajes de nunca poder resolver sus prejuicios culturales.

V. La fragmentación de lo caribeño

Haciendo una lectura de *Encancaranublado* sabiendo que la dedicatoria sí forma parte del texto, podemos, entonces, trazar lo fragmentada que resulta la representación de lo caribeño en la narrativa. Tal fragmentación es un rasgo principal en la primera colección de cuentos titulada “Nubosidad variable”. La misma se materializa principalmente en la idea de “nación flotante”. Ya en el primer cuento de “Encancaranublado”, notamos, desde su frase inicial -“Septiembre, agitador profesional de huracanes, avisa guerra llenando los mares de erizos y aguavivas” (13)- la idea de un

espacio no fijo, en constante movimiento. En un estilo irónico marcado por la “guachafita” caribeña y repleto de frases populares, nuestro narrador nos ubica en el Mar Caribe, “cosa mala, ese mollerudo brazo de mar que lo separa del pursuit of happiness”(13). En un botecito a punto de quebrarse, Antenor (el haitiano) va camino de Miami, apenas con una cantimplora y una caja de zapatos donde tenía “un poco de casabe, dos o tres mazorcas de maíz reseco, un saquito de tabaco y una canequita de ron...”(16). A los dos días se encuentra flotando en el mar a Diógenes, un dominicano, que “le pide pon” (aventón). Poco después divisan a Carmelo, un cubano, que no se sube al bote hasta cerciorarse que va rumbo a Miami. Durante la travesía por alta mar, cada uno se lamenta de la situación socioeconómica de su país. Mientras Carmelo se queja del exceso de trabajo en Cuba, Diógenes protesta con ironía por la falta de empleo en la República Dominicana. Durante el transcurso de varias conversaciones, la lengua de Diógenes y Carmelo se vuelve un factor alienante para el haitiano. Esta barrera lingüística fragmenta la comunicación entre los tres y Antenor, que habla créole, sólo puede decir ocasionalmente, “Mais oui” o un “C’est ça asaz” (15). Se siente alejado y molesto por “el monopolio cervantino” (15) que sostienen Carmelo y Diógenes en el botecito. Consecuentemente Antenor es poseído por la furia ante la ironía de haber sido él quién había rescatado, de las aguas infectadas de tiburones, a Diógenes y a Carmelo. Además, para acabar de completar este cuadro, navegaban todos bajo bandera haitiana. En el caso de Antenor, el hablar sólo créole no le permite comunicarse con los otros antillanos emigrantes, que comparten -irónicamente- su misma situación económica. Durante toda la conversación, sólo coinciden en su deseo de llegar a la ciudad del progreso: Miami.

El idioma también complica la situación. Es igual impedimento el español para Diógenes como el crèole para Antenor. Cuando por primera vez Diógenes se sube al botecito y no puede entender el crèole de Antenor, el narrador comenta: “Tras largos intercambios de miradas, palabras mutuamente impermeables y gestos agotadores llegaron al alegre convencimiento de que Miami no podía estar muy lejos”(14). En “Encancaranublado”, el lenguaje se convierte en un factor imprescindible a considerar en la agenda política de la futura confederación caribeña. Nos obliga a pensar que no estamos ante una zona homogénea en términos lingüísticos, sino más bien en un área plagada de “language games” como argumenta Benítez Rojo:

El mundo caribeño está saturado de mensajes-- “language games”, diría Lyotard--emitidos en cinco idiomas (español, francés, holandés, portugués), sin contar los aborígenes que, junto con los diferentes dialectos locales (surinamtongo, papiamento, crèole, etc.), dificultan enormemente la comunicación de un extremo a otro de su ámbito (ii).

Retomando la idea de la “nación flotante”, es importante reiterar que cada personaje tiene razones para despreciar al otro. Son razones que no se basan en el individuo, sino en su nacionalidad:

El haitiano lanzó la cantimplora al agua. Mejor morir que saciarle la sed a un sarnoso dominicano. Diógenes se paró de casco, boquiabierto. Pa que se acuerde que **los invadimos tres veces**, pensó Antenor, enseñándole los dientes a su paisano.

--Trujillo tenía razón, mugía el quisqueyano, fajando como un toro bravo en dirección a la barriga haitiana (19).

Estas diferencias o “resentimientos culturales” hacen que tiemble el botecito. Y ya cuando parece que nuestros heroicos emigrantes están a punto de ahogarse en el Triángulo de las Bermudas (un guiño al lector si pensamos que el cuento trata sobre tres nacionalidades diferentes) los recoge un barco “Americano, por cierto” (20). Allí, a bordo del buque, un “spiks” (palabra denigrante para puertorriqueño) les advierte: “Aquí si quieren comer tienen que meter mano y duro. Esos gringos no le dan na gratis ni a su mai” (20).

Con ese cierre tajante queda consolidada la idea de que el cuento es una metáfora de la presente situación antillana. Antenor, Diógenes y Carmelo discuten las respectivas situaciones económicas de su país en un espacio no estable. La lengua en que hablan (ya sea el español o el creole) les reafirma de dónde son. Sin embargo, ninguno de ellos construye su argumento “nacionalista” desde su propio país. Piensan su imaginario social, es decir, lo que para ellos significa ser dominicano, cubano y haitiano, desde el mar. Sus esperanzas se ven amenazadas por el impedimento que supone aprender inglés, un reto lingüístico que les impone Estados Unidos. Aunque con augurios pesimistas por parte del puertorriqueño, a estos exiliados les espera una vida diferente en un territorio “neutro”. Su concepto de nación lo llevan consigo, intensificado aún más por su nueva y peligrosa condición de emigrantes.

En “El jueguito de La Habana” podemos encontrar claves parecidas sobre esta idea de la nación flotante. Este cuento intenta retratar la mentalidad de una mujer del exilio cubano que ahora vive en Puerto Rico. Desafortunadamente, la madre habla sobre la situación actual en Puerto Rico y de cómo todo era mucho mejor en La Habana. Durante su largo monólogo (sin pausa alguna), ésta no puede escuchar lo que su hijo trata de

decirle. Es por esta razón por la que repite cinco veces: “¿Por qué no vino Marcela, Ernesto?” Al igual que una máquina programada, Ernesto siempre le responde con la misma trivialidad, “Porque está lloviendo, Mamá.” La madre sabe que no puede regresar a Cuba. Sin embargo, se proyecta a sí misma en Cuba pero desde tierras puertorriqueñas:

Puerto Rico el perro sato del Caribe Puerto Rico después del cementerio después de la viudez tan bien llevada revalidar la vida en una isla de cemento armado estás llorando Mamá llorando como cuando no sabías ni encender la estufa y te roe la rata del pasado descuartizar el tiempo volver a la casona altiva de La Habana esta vez sin Papá sin mí sin Marcela por primera vez sola... (35).

Para esta madre, ser cubana implica lidiar con su imaginario, un espacio en donde intenta no olvidar la Cuba de su adolescencia, frente a un presente no tan grato que le recuerda una y otra vez que ella no regresará a Cuba. No obstante, lo cubano existe dentro de ella. Viaja con ella y sobre todo se rescribe en su imaginación. Y finalmente estará con ella siempre, pero en Puerto Rico.

Puerto Rico también sirve de escenario polémico en “El día de los hechos” cuando se representan las diferencias de clase social que dividen y oprimen a los haitianos y dominicanos. Filemón Sagredo hijo, un dominicano exiliado en Puerto Rico, es dueño de la lavandería “Laundry Quisqueya”, un guiño cómico al lector por ser el nombre (Quisqueya) una de las orquestas musicales de merengue más célebres de la República Dominicana. Filemón Sagredo, hijo de Filemón Sagredo padre, muere a manos de Felicién Apolón, hijo de Felicién Apolón padre, quién había sido delatado -por

su condición de refugiado haitiano en la República Dominicana- a las autoridades por el padre de Filemón Sagredo hijo. El dominicano exiliado encuentra la muerte en Puerto Rico por culpa de un haitiano que no sólo defiende el honor de su padre muerto, sino que busca redimir -simbólicamente- la persecución que sufrieron muchos haitianos bajo la dictadura de Trujillo. Felicién Apolón hijo se lleva consigo su orgullo y dolor a Puerto Rico y da muerte al dominicano en territorio “neutro”, escenario para este ajuste de cuentas tan brutal.

Estos cuatro personajes incluyen en su idea de nación las injusticias políticas, económicas y sociales que hayan cometido un sistema de gobierno contra el otro. Para ellos, los delitos cometidos justifican y moldean sus futuras acciones. En cierto modo, también reafirman su concepto de nación. O por lo menos así lo demuestra Filemón Sagredo el Viejo cuando dice:

En la habitación vecina, Filemón Sagredo el Viejo no acababa de decidirse a denunciar al haitiano. Había ayudado al hijo a cruzar el río porque Paula se lo había pedido. Por ella solamente, por ser dominicana además de buena hembra, aunque se hubiera acuartelado con un maldito cocolo. Pero cuando Felicién pidió refugio, lo pensó dos veces para al fin murmurar un sí cagado de indecisión. El recuerdo de su padre muerto en Haití durante la ocupación yanquí era una espina en pleno galillo (26).

Podríamos pensar que esa representación caribeña expresada a través de la unión política de las tres islas -como originalmente había sugerido Betances en su discurso en Haití y Hostos en el prólogo a la segunda edición de *La peregrinación de Bayoán*- se cuestiona un siglo más tarde en *Encancaranublado*. Al introducir Vega el tema del exilio, la

situación tan precaria de estos emigrados en Estados Unidos y otras islas, los resentimientos culturales y políticos entre nacionalidades y finalmente, el concepto de que la nación puede llevarse con uno (es decir, no tiene que estar sujeta a un territorio geográfico en específico), la confederación caribeña termina siendo una idea que necesita estar rescribiéndose y redefiniéndose constantemente.

Otro rasgo de la fragmentación en este texto es la ruptura de espacios. Me refiero al cuento “La alambrada” en donde el espacio en el Fuerte Allen está dividido por unos alambres separando simbólicamente dos nacionalidades (la puertorriqueña y la haitiana) en un territorio neutro:

Estaba allí. Como una erupción sobre la espalda pelada del paisaje. De momento el espacio dividido. Eso y nosotros. Aquí y allá. Mirábamos. Habíamos perdido la costumbre de preguntar. Y además, a quién (75).

La narradora visita el Fuerte Allen en la ciudad de Juana Díaz, Puerto Rico, donde tienen prisioneros a los haitianos, que como Antenor, iban rumbo a Miami en busca de mejores condiciones de vida. Aterrada por el distanciamiento tajante que le impone el alambrado, nuestra narradora reflexiona sobre por qué Puerto Rico sirve de sede para este encarcelamiento. Vega hace hincapié en que no ha sido decisión del pueblo de Puerto Rico, sino del fuerte militar norteamericano de tener como rehenes a los haitianos. Inevitablemente, el Fuerte Allen es un recordatorio permanente del "status" de Estado Libre Asociado de los Estados Unidos, un *status* político problemático para considerar a Puerto Rico como miembro de la confederación caribeña.ⁱⁱⁱ De todos los cuentos, “La alambrada” sea quizás el único en dónde la narradora recalca, de forma insistente, el hecho de que "nadie" (14) sabía de la condición tan penosa de los prisioneros haitianos.

Pero, ¿a quién representa ese "nadie"? ¿A los miembros del Partido Independentista, a los partidarios del Estado Libre Asociado o a los del Partido Nuevo Progresista? Aquí la fragmentación opera en dos direcciones opuestas. No solamente se dividen los espacios geográficos, sino también la identidad puertorriqueña como tal.

VI. La representación caribeña: un territorio en alta tensión

A pesar de que *Encancaranublado* sigue reafirmando la confederación caribeña, lo que la fragmentación en estos cuentos sí logra hacer es cuestionar el concepto en sí. Si hablamos de una confederación futura necesariamente tendríamos que hablar sobre la condición de los exiliados y prisioneros políticos. Al respecto, Benítez Rojo comenta:

Perseverar en el intento de remitir la cultura del Caribe a la geografía -como no sea la del meta-archipiélago-, es un proyecto extenuante y apenas productivo. Hay performers que nacieron en el Caribe, y no son caribeños por su performance; hay otros más acá o más allá, y sin embargo lo son. Esto no excluye, como dije, que haya tropismos comunes, y éstos se dejan ver con mayor frecuencia dentro del flujo marino que va de la desembocadura del Amazonas hasta el delta del Mississippi, el cual baña la costa norte de Suramérica y Centroamérica, el viejo puente de islas arahuaco-caribe, y partes no del todo integradas a la médula tecnológica de Estados Unidos, como son la Florida y la Louisiana; además, habría quizá que contar a New York, ciudad donde la densidad de la población caribeña es cosa notable (xxxiii).

Esta reflexión nos lleva a repensar una de las preguntas que se plantearon al principio de este ensayo, ¿de qué zona geográfica en específico estamos hablando cuando nos referimos al Caribe? Una característica muy “caribeña” que los personajes de Vega

ejemplifican es que el Caribe no puede contenerse en un espacio fijo y estático. El flujo constante es necesario. El viaje tiene que emprenderse, quizás hasta es obligatorio en muchos casos, dada la inestabilidad económica de estas islas. Esto también indica que la idea de la confederación caribeña tendría que pensarse como un sistema de representación flexible.

En este milenio habría que hablar no tanto de países, sino de nacionalidades “flotantes”. Este concepto disputa seriamente la idea de una confederación caribeña si se define sólo a base de los que viven en las islas y excluye a todos aquellos que estén desplazados en la diáspora, pero tan cubanos, dominicanos, haitianos y puertorriqueños como los otros. A pesar de que la fragmentación en esta representación caribeña de *Encancaranublado* es evidente, igual de obvio es la resistencia de estas nacionalidades a no morir.

Notes

ⁱ "He usado la mayúscula para indicar que no me refiero al caos según la definición convencional, sino a la nueva perspectiva científica, así llamada, que recién empieza a revolucionar al mundo de la investigación; esto es, Caos en el sentido de que dentro del des-orden que bulle junto a lo que ya sabemos de la naturaleza es posible observar estados o regularidades dinámicas que se repiten globalmente" (Benítez Rojo iii). *Chaos & Order: Complex Dynamics in Literature & Science*, editado por Katherine Hayles, es otro trabajo que desarrolla esta idea de Caos aplicada a la literatura.

ⁱⁱ En el discurso literario, resulta fascinante rastrear esta metáfora de viaje trazando los diferentes desplazamientos por tierra, mar y cielo que han llevado a cabo personajes literarios caribeños o suramericanos. Cabría recordar la del narrador de *Los pasos perdidos* (1953) en su viaje hacia Santa Mónica de los Venados, el viaje de Arturo Cova por la selva en *La Vorágine*, y el viaje en canoa que hacen Agustino y Fushía por un río en *La casa verde*. Varios autores también han emprendido "viajes" similares al intentar buscar una definición más particularizada del Caribe. Pensemos en el discurso negroide en la obra poética de Nicolás Guillén y Luis Palés Matos, en el movimiento de la nueva negritud de Nancy Morejón o en el humor y el lenguaje de base popular que utiliza Ana Lydia Vega junto a Carmen Lugo Filippi en *Virgenes y Mártires* (1981).

ⁱⁱⁱ En el cuento “Probabilidad de lluvia”, Vega cuestiona más a fondo la situación política de Puerto Rico. Su solución para este problema es clara. Primero la isla necesita ser independiente antes de ser considerada parte de cualquier tipo de confederación caribeña.

Bibliografía

Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales (Memorias y esperanzas colectivas)*.

Buenos Aires: Ediciones Visión, 1991.

Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite*. Hanover: Ediciones del Norte, 1989.

Chartier, Roger. *El mundo de la representación*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1992.

De Hostos, Eugenio María. Prólogo a la segunda edición de La peregrinación de Bayoán.

[1863]. *Obras completas*. 9 vols. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1988.

Vatimmo, Gianni. *The transparent society*. David Webb, trad. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1992.

Vega, Ana Lydia. *Encancaranublado y otros cuentos de naufragio*. 4a. ed. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994.